



III ORDEN REGULAR DE PENITENCIA DE SAN FRANCISCO
Provincia Española de la Inmaculada Concepción

Material retiro-noviembre 2025

“La contemplación en *Cor Orans*, desde la experiencia de Francisco de Asís”

1

Los corazones limpios verán a Dios.

La iglesia ha considerado siempre la contemplación como la respiración en el cuerpo.

El papa Francisco en la Constitución apostólica VULTUM DEI QUAERERE dice “*Como hombres y mujeres que habitan la historia humana, los contemplativos atraídos por el fulgor de Cristo, «el más hermoso de los hijos de los hombres» (Sal 45,3), se sitúan en el corazón mismo de la Iglesia y del mundo*^[12] y, en la búsqueda inacabada de Dios, encuentran el principal signo y criterio de la autenticidad de su vida consagrada. San Benito, padre del monaquismo occidental, subraya que el monje es aquel que busca a Dios por toda la vida, y en el aspirante a la vida monástica pide que se compruebe «*si revera Deum quaerit*», si busca verdaderamente a Dios.^[13]”.

“*A lo largo de los siglos, la experiencia de estas hermanas, centrada en el Señor como primero y único amor (cf. Os 2,21-25), ha engendrado copiosos frutos de santidad. ¡Cuánta eficacia apostólica se irradia de los monasterios por la oración y la ofrenda! ¡Cuánto gozo y profecía grita al mundo el silencio de los claustros!*”

“*Con vuestra vida transfigurada y con palabras sencillas, rumiadas en el silencio, indicadnos a Aquel que es camino, verdad y vida (cf. Jn 14,6), al único Señor que ofrece plenitud a nuestra existencia y da vida en abundancia (cf. Jn 10,10). Como Andrés a Simón, gritadnos: «Hemos encontrado al Señor» (cf. Jn 1,40); como María de Magdala la mañana de la resurrección, anunciad: «He visto al Señor» (Jn 20,18). Mantened viva la profecía de vuestra existencia entregada. No temáis vivir el gozo de la vida evangélica según vuestro carisma.*”

En San Francisco de Asís encontramos un gran maestro de la contemplación. Por eso Citando la Escritura, dice en su Admonición 1: «*El Padre habita en una luz inaccesible (cf. 1 Tim 6,16), y Dios es espíritu (Jn 4,24), y a Dios nadie lo ha visto jamás (Jn 1,18)*» (Adm 1,5).

Si leyendo los Escritos de Francisco encontramos una idea que se imponga sobre todas, ésa es justamente la de la grandeza de Dios. En el origen mismo de la oración del Pobrecillo existe una profundísima conciencia del abismo que lo separa de Dios: «*Todos nosotros, míseros y pecadores, no somos dignos de nombrarte*» (1 R 23,5).

Consciente de esta transcendencia, no por ello se aflige Francisco. Simplemente renuncia a adueñarse de Dios, rehúsa reducirlo a sus propios puntos de vista, a sus intereses, a su propia medida. Deja a Dios ser Dios: «*Tú eres el santo, Señor Dios único, el que haces maravillas. Tú eres el fuerte, tú eres el grande, tú eres el Altísimo...*»

Iluminado por el Espíritu, Francisco contempla, en Cristo pobre y humilde, la verdadera gloria de Dios. En lo más bajo del anonadamiento del Hijo de Dios, ve brillar la estrella resplandeciente de un Amor que no se reserva nada para sí y que se entrega sin medida: «*El Hijo unigénito de Dios, Sabiduría eterna, descendió del seno del Padre... sin reservarse para sí mismo cosa alguna que no hubiese entregado generosamente...*» (LM 12,1c).



III ORDEN REGULAR DE PENITENCIA DE SAN FRANCISCO Provincia Española de la Inmaculada Concepción

Por eso, Francisco no puede apartar su mirada del pesebre de Belén y de la Cruz del Calvario, donde contempla la revelación sensible, resplandeciente, de un amor gratuito y sin límites. *«Tenía tan presente en su memoria la humildad de la encarnación y la caridad de la pasión, que difícilmente quería pensar en otra cosa»* (1 Cel 84a).

En el pensamiento del Pobrecillo existe un vínculo estrecho, indisoluble, entre la práctica humilde del Evangelio y la más sublime unión mística. Así se desprende con nitidez de la oración a Dios, por él y por sus hermanos, con que finaliza su Carta a toda la Orden:

2

«Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios, danos a nosotros, miserables, hacer por ti mismo lo que sabemos que tú quieres, y siempre querer lo que te place, para que, interiormente purificados, interiormente iluminados y abrasados por el fuego del Espíritu Santo, podamos seguir las huellas de tu amado Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y por sola tu gracia llegar a ti, Altísimo, que, en Trinidad perfecta y en simple Unidad, vives y reinas y eres glorificado, Dios omnipotente, por todos los siglos de los siglos. Amén» (Cta O 50-52).

Hoy necesitamos retornar a esa experiencia interior donde el silencio permita escuchar la voz del “Amado” que nos busca, nos llama y nos ama.

Se hacen verdad las palabras de San Agustín: *¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Retenían me lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían.*

Para orar y reflexionar:

1. ¿Somos conscientes de la importancia de la contemplación personal y comunitariamente?
2. ¿Qué me aporta y me atrae de la contemplación de Francisco de Asís?
3. ¿Qué efectos prácticos trae a mi vida la contemplación?